

JOSE MARÍA DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS: IN MEMORIAM

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón

Sres. Académicos: Conocí personalmente al Conde de Motrico cuando era Ministro de Asuntos Exteriores, con ocasión de una página olvidada en la historia reciente de nuestra transición política. Eran los días en que la reforma ideada por Fraga y pilotada por Arias Navarro mostraba su talante tardígrado que desesperaba a quienes deseaban una transición rápida a una democracia real y veían en la Corona lo que el propio Motrico denominó «motor del cambio»¹. El 30 de marzo el entonces Ministro Areilza nos convocó a una serie de personas de las que yo mismo actué como ponente, para redactar unas bases constitucionales que ofrecer al Rey, quien, días antes, en el Consejo del Reino, había invocado la vigencia y virtualidades del Principio Monárquico, para que éste las sometiera directamente a referéndum nacional, forzar así la transición y acelerar de este modo el proceso constituyente. La práctica comparada de la Vª República y la legalidad española vigente, daba pie para ello². Pero, según se deduce del *Diario de un Ministro de la Monarquía*³, el proyecto pereció a manos del entonces Secretario General del Movimiento que, meses después, ya Presidente del Gobierno, y substituido Areilza, sometió a referéndum la Ley para la Reforma Política.

Colaboré después con Areilza en la fundación del primer Partido Popular, pero sólo llegamos a trabar verdadera amistad al hilo de los debates parlamentarios en torno al Plan Energético Nacional de 1979 y, después, en la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, de la que ambos fuimos miembros. Allí pude admirar la capacidad de quien, por aquellos años era ya un joven y animoso septuagenario, que estaba al día de las innovaciones tecnológicas en el campo de la energía tanto como de los problemas jurídicos y políticos del momento que afloraban ante el Consejo de Europa, todo ello envuelto en una actitud patricia y, como tal, egregia y acogedora a la vez.

Si, según cuenta el propio Areilza en sus últimas memorias *A lo largo del siglo*, alguien le tildó en su juventud de petulante y super ufano⁴, yo siem-

¹ Cf. Powell, *El Piloto del Cambio*, Barcelona (Planeta), 1991, p. 20.

² Vd. mi libro *El Principio Monárquico*, Madrid (Edicusa) 1972. Sobre la anécdota, más detalles en *Memorias de Estío*, Madrid (Temas de Hoy) 1993, p. 68.

³ Barcelona (Planeta) 1997, pp. 123, 127 y 131.

⁴ Barcelona (Planeta) 1992, p. 23.

pre lo encontré cordial con los demás, por seguro y satisfecho de sí. Algo que sólo es dado entender a quienes, a su vez, se sienten suficientemente seguros para descartar la práctica española de la envidia.

Fueron esta actitud y esta capacidad las que llevaron a nuestro compañero a la Presidencia de la Asamblea del Consejo de Europa en 1981, que ejerció con mayores vuelos que ningún otro Presidente anterior ni posterior, y cuando, al cesar como diputado en 1982, hubo de abandonarla, todos reconocieron que la institución se empobrecía.

Después, seguí gozando de la amistad de Motrico, colaborando con él en diversos foros, disfrutando de su experiencia en algunas largas mañanas dominicales en el hall del Hotel Miguel Ángel, que utilizaba a modo de confesionario político donde la confidencia o el consejo, según los casos, iban siempre cargados de sensatez y arropados de ironía, y fue a iniciativa suya cómo llegué a optar a la Medalla Académica que hoy ostento aquí. Cuando, al año siguiente, me dedicó su último libro de memorias, dijo, con humor algo umbrío que no creo le fuera habitual: Te servirán para mi necrología. Hoy cumplo, a la vez triste y honrado, tal encargo.

En uno de sus ensayos, afirma Renan que, lo que hoy se llama un intelectual, está abocado a la más impertinente de las pedanterías si no compensa su cultura con alguno, al menos, de estos tres elementos: la profundidad filosófica, la experiencia política o el *savoir faire* mundanal: las humanidades prácticas, de verdad. José M.^a de Areilza era, sin duda, un hombre de cultura y así conviene recordarlo en un foro como éste, donde colaboró asiduamente a lo largo de 378 asistencias y diversas contribuciones escritas. Pero, además, tuvo en grado sumo experiencia política y social. Por eso no fue un intelectual en el sentido vigente del término, sino algo mejor: un humanista.

Motrico se revela hombre de cultura en tres planos diferentes, la historia, la política y la literatura, suficientemente documentados por quien fue un escritor harto prolífico.

Primero, como historiador y teórico de nuestras relaciones internacionales. Desde la, más que discutible, pero sólida obra *Reivindicaciones de España* (Madrid, 1941), libro escrito en colaboración con otro ilustre miembro de esta casa ya desaparecido, Fernando María Castiella, hasta sus documentadas piezas autobiográficas⁵, pasando por múltiples ensayos, entre los que descuellan dos

⁵ *Embajadores sobre España*, Madrid (Instituto de Estudios Políticos), 1947; *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona (Planeta) 1977; *Memorias Exteriores*, Barcelona (Planeta) 1984.

importantes discursos académicos en esta Casa y en la Española, donde, respectivamente, se analizan las innovaciones técnicas y el idioma como factores de poder⁶. Lo que en esta producción destaca es, sobre todo, la suprema cualidad de la experiencia vivida que pocos analistas suelen tener.

Como político, a través de múltiples textos, desde discursos que han hecho época hasta centenares de artículos periodísticos⁷.

Como literato, en fin, cultivó géneros diferentes, desde el cuento⁸ al artículo de prensa⁹. Pero a través de todos ellos pretendió hacer paisajismo, ya de personajes, ya de escenas y aun escenarios, naturales y culturales y su experta pluma rayó, en muchas ocasiones, la maestría¹⁰.

Todos estos textos hay que situarlos en su correspondiente contexto, porque no son frutos de la investigación ni de la lucración puras, sino de un pensar con las manos al hilo del quehacer histórico. Y en ese quehacer Areilza participó intensamente junto con su pueblo, solidario con su tierra, sus gentes y su formación, al servicio de su Estado y siempre dando preferencia a la lealtad objetiva, a los proyectos y las instituciones, sobre la fidelidad a las personas. De ahí que la magnitud de la obra, que es objetiva, sea mayor que la gratitud por ella merecida, siempre dependiente de un factor subjetivo.

Areilza fue un político en el pleno sentido de la palabra y vocacionalmente lo fue hasta el final. Más bien un estadista que supo servir al Estado como el Estado requería ser en cada momento servido, oteando lo que el futuro exigía en cada momento prever. Quien confesaba haber heredado de su padre, aficionado montañero, la capacidad de captar con la mirada los paisajes¹¹, también heredó su ojo clínico para diagnosticar situaciones y sus más graves errores políticos consistieron en anticiparse con la visión a los acontecimientos que ter-

⁶ *El progreso tecnológico y su repercusión en la política*, Madrid (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas) 1966. *Una reflexión sobre el porvenir de nuestra lengua*, Madrid (Real Academia Española) 1987.

⁷ *Escritos políticos*, Madrid, 1968; *Crónica de la libertad: 1965-1975*, Barcelona (Planeta) 1985.

⁸ *Prosas escogidas*, Madrid (Espasa Calpe), 1986.

⁹ *Cien artículos*, Madrid (Revista de Occidente) 1971.

¹⁰ «Historia de una conspiración romántica», conferencia pronunciada en Bilbao el 6-5-1950 en el ciclo de la Junta de Cultura de Vizcaya, Madrid, 1950; *Así los he visto*, Barcelona (Planeta) 1974; *París de la belle époque*, Barcelona (Planeta) 1989; *Luis XIV, el Rey Sol*, Barcelona (Planeta) 1990.

¹¹ *A lo largo del siglo*, cit., p. 305.

minaron ocurriendo, con retraso, pero con la inevitabilidad propia de las relaciones que nacen de la naturaleza de las cosas.

Embajador en Buenos Aires, Washington y París, abrió caminos reales a los intereses reales de la España entonces real, que no era la llamada «España peregrina» a la que, por otra parte, siempre tendió puentes, sino una España necesitada, para subsistir primero y desarrollarse después, de trigo argentino, de ayuda americana, de cooperación francesa y europea.

Jefe del Secretariado político del Conde de Barcelona, cuando hubo que propugnar la conjunción de la causa monárquica con la reivindicación democrática que no era sino la exigencia de los tiempos.

Ministro de la Corona, cuando hubo de acreditar en el exterior a la España que quería homologarse políticamente con el mundo.

Parlamentario prestigioso a la hora de mostrar, en casi total soledad, que había en el Congreso de los Diputados una derecha que no renegaba de serlo y que era indudablemente democrática y liberal. Por aquel entonces recuerdo su actitud digna a la vez que risueña en la noche del 23 de febrero de 1981, que compartimos juntos en el Congreso de los Diputados y en la que, en su más inmediato entorno, fue capaz de introducir humor singular, ante los temores generalizados de los comienzos y los énfasis excesivos de las postrimerías de aquellos episodios tragicómicos.

Eso es lo significativo de la obra política de Areilza, si se sitúa cada una de sus acciones y sus textos en el contexto debido. Y el exégeta que descontextualice la obra estará abocado a una interpretación equivocada cuando no malintencionada.

Ahora bien, si su dedicación a la política fue constante, si su pragmatismo bien conocido, si sus dotes relevantes indiscutidas, ¿cómo no llegó a las más altas responsabilidades, que sin duda ambicionó, a las que parecía, por tantas razones, preconizado y a las que hubiera aportado un talante y una altura distinta de la que hemos conocido?

A mi juicio, no por los múltiples defectos que, como todo humano, tuviera, sino precisamente por sus virtudes.

En efecto, un hombre que conocía por propia experiencia la política exterior y la Administración pública, cuya formación y curiosidad intelectual